Índice

Érase una vez la escuela 9

1. La memoria literaria de la escuela, entre la añoranza y el ajuste de cuentas 29
2. El oficio de educar 55
3. Amarrados al duro banco 83
4. Las afinidades electivas, las amistades peligrosas y los placeres prohibidos 109
5. El amor en los tiempos del *cole* 125
6. El tedio de las clases en la jaula del colegio 137
7. ¿La letra con sangre entra? 147
8. El placer del éxito y el dolor del fracaso: aprobar y suspender 161
9. Escuelas públicas y colegios privados 175
10. Amor y pedagogía 197

Cualquier tiempo pasado no fue mejor 211

Referencias bibliográficas 231

Pero nada más llegar –la felicidad nunca es completa– nuestra fiesta se aguó un poco, porque allí estaban, sentaditas en los bancos, todas las chicas de la escuela secundaria, nuestras más odiadas enemigas de aquella época: unas lerdas presumidas que ni tan siquiera se dignaban a saludarnos por la calle. "Quien no les haya tirado ninguna piedra, que levante la mano", nos decía el señor párroco cada vez que alguna de ellas le iba con el cuento. Y todas las manos se quedaban en los bolsillos, todos los ojos miraban al suelo. Desgraciadamente, ahora las teníamos delante, esperándonos, provistas de peine y tijeras, con una sonrisa maligna en los labios.

—¿A qué esperáis? ¡Iros allí, que vuestras amigas os van a dejar muy guapos!, nos apremiaba, en especial a los chicos, nuestra maestra, extrañadísima por la cara de disgusto que poníamos ante aquella sesión de *atrezzo*.

Hubo pellizcos, tirones de pelo y otros incidentes mientras nos adecentaban pero, al final, tras colocarnos en unas escaleras de piedra, todos los niños y niñas del pueblo que en aquella época teníamos alrededor de nueve años quedamos retratados: unidos para siempre los que, como viajeros con destinos distintos, entraríamos poco después en la corriente de la vida y nos separaríamos por completo.

Una semana después el fajo de fotografías estaba ya en la escuela, y todos queríamos ver cómo habíamos salido. Allí estábamos, serias las niñas pequeñas y más serios aún los chicos no tan pequeños, con una gravedad digna de estatuas romanas. [...]

La maestra repartió las copias del fajo y nos aconsejó que las conserváramos. Que más adelante,



«La verdad es que nos bastaba con el mundo. Se desplegaba ante nosotros como la cola de un pavo real, y cada día nos traía mil cosas diferentes; prometiéndonos, además, otras mil, o diez mil, o cien mil más para el futuro» (Bernardo Atxaga)



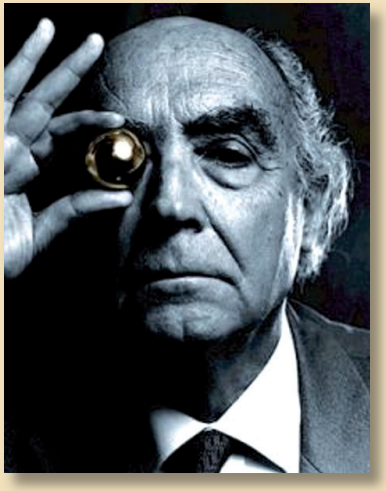
Retrato escolar con mapa al fondo

y recrea desde una infinidad de ángulos las cosas que acontecen a diario en esas colmenas humanas que son las aulas, desde el diálogo con el maestro o la maestra hasta algunos episodios de violencia entre los muros escolares, desde la agria evocación del cautiverio en los internados y del olor a humedad en los pasillos hasta el adoctrinamiento moral e ideológico. El cuarto tópico («Las afinidades electivas, las amistades peligrosas y los placeres prohibidos») alberga escenas de amistad, de peleas y de iniciaciones entre escolares, colegas y camaradas. Los enamoramientos (entre niños y niñas, entre un niño y la maestra, entre compañeros, entre compañeras...) saltan a escena en el quinto tópico («El amor en los tiempos del *cole*») mientras que el sexto tópico («El tedio de las clases en la jaula del colegio») nos habla del aburrimiento escolar en las clases y del contraste entre el saber académico y los saberes de la vida, entre las lecciones de las aulas y una fantasía infantil y adolescente que huye hacia otros territorios. El séptimo tópico («¿La letra con sangre entra?») agrupa una retahíla de recuerdos escolares en torno a los castigos físicos y a la crueldad utilizada por algunos maestros (y por algunas maestras) en su afán de adecuar la conducta del alumnado a su voluntad y al (des)orden escolar establecido. El octavo

«La literatura nos invita al juego de mirar el mundo de otras maneras, a extraviarse en el laberinto de las palabras que nos conduce a un jardín de senderos que se bifurcan hacia ningún sitio»



Félix y Manuel Marqués en la Escuela de Jove, Gijón (Asturias), 1967



«Escribía en la pizarra con tiza de dos calidades que se vendía en las papelerías, una, la más barata, dura como la piedra en que se escribía, mientras que la otra, más cara, era blanda, suave, y le decíamos *de leche*, debido a su color, un gris claro tirando a lechoso [...]»
(José Saramago)



Escena escolar en una escuela de Perú

quinto piso de la lisboeta calle Morais Soares, en la que se inició en el difícil arte de la escritura y supo de la lentitud del tiempo escolar y de las horas interminables en el hastío de las aulas:

«Sentado en una silla bajita, dibujaba lenta y aplicadamente en la piedra, que era el nombre que se le daba entonces a la pizarra, palabra demasiado pretenciosa para salir con naturalidad de la boca de un niño y que tal vez ni siquiera conociera todavía. Es un recuerdo propio, personal, nítido como un cuadro, en el que no falta la bolsa en la que acomodaba mis cosas, de arpillera marrón, con un asa para poderla llevar colgada al hombro. Escribía en la pizarra con tiza de dos calidades que se vendía en las papelerías, una, la más barata, dura como la piedra en que se escribía, mientras que la otra, más cara, era blanda, suave, y le decíamos *de leche*, debido a su color, un gris claro tirando a lechoso, precisamente. Sólo después de haber entrado en la enseñanza oficial, y no fue en los primeros meses, mis dedos pudieron, por fin, tocar esa pequeña maravilla de las técnicas de escritura más actualizadas.

No sé cómo lo percibirán los niños de ahora, pero en aquellas épocas remotas, para la infancia que fuimos, nos parecía que el tiempo estaba hecho de una especie particular de horas, todas lentas, arrastradas, interminables. Tuvieron que pasar algunos años para que comenzásemos a comprender, ya sin remedio, que cada una tenía sólo sesenta minutos, y, más tarde aún, tendríamos la certeza de que todos ellos, sin excepción, acababan al final de sesenta segundos...»

Por su parte, el poeta asturiano Xuan Bello (1994, pp. 174-175) evoca el ayer escolar con el fin de conjurar –desde los cuarteles de la memoria– el tiempo perdido de la infancia escolar:

CONTRA EL TIEMPU

Y´éramos tantos. Y la nuesa infancia soñaba
espierta nos patios tres d´un balón de reglamentu
y tovía yera mayu, en 1975,
cuando la lluz de les faroles
echaba la so sombra pelos años en cisgua
y había que dise escapaos pa em casa,
que mañana ye día d´escuel. [...]
(El mio corazón ye esi escolín que llora
nel requexu escuru de la escuela)[5].

El poeta y dramaturgo granadino Federico García Lorca (1972, p. 183) observa con una ingenua sonrisa el paraíso perdido de la infancia a la salida de la escuela (esa infancia cuya sonrisa destroza los silencios) e inunda de ternura y alegría unas palabras años más tarde teñidas de sangre y de tragedia:



«(Mi corazón es ese escolar que llora en el rincón oscuro de la escuela)» (Xuan Bello)



Escuela en Chiapas (México)

5. CONTRA EL TIEMPO
Éramos tantos. Y nuestra infancia soñaba / despierta en los patios tras un balón de reglamento / y todavía era mayo, en 1975, / cuando la luz de las farolas / extendía sus años por nuestros años verdes / *y había que irse temprano para la cama,* / *que mañana es día de escuela.* [...] / (Mi corazón es ese escolar que llora / en el rincón oscuro de la escuela).



«Federico García Lorca observa con una ingenua sonrisa el paraíso perdido de la infancia a la salida de la escuela (esa infancia cuya sonrisa destroza los silencios)»

CANCIÓN PRIMAVERAL

Salen los niños alegres
de la escuela,
poniendo en el aire tibio
de abril canciones tiernas.
¡Qué alegría tiene el hondo
silencio de la calleja!
Un silencio hecho pedazos
por risas de plata nueva.

Esa sonrisa ingenua desaparece en el escritor guatemalteco Augusto Monterroso (1993, pp. 43-45), quien en las siguientes líneas refleja su enfado con la escuela de su infancia, en la que aprendió («nunca con placer o con gusto») cosas a las que nunca encontró ningún sentido:



Colegio de monjas en Castropol (Asturias), 1930

«La escuela nunca me gustó y siempre la rechacé. Mis escasas experiencias vitales me habían hecho demasiado tímido como para enfrentar día a día sin angustia los problemas que cada mañana traía consigo, ya fuera en los salones de clase como en los recreos. La aritmética, la geografía, la botánica, presentaban todos los días dificultades que había que vencer por orgullo o por vergüenza, pero nunca por placer o con gusto; las multiplicaciones de quebrados; el dibujo de un mapa de Centroamérica con el trazado de sus sinuosas líneas divisorias, que por supuesto en mi cartulina no coincidían nunca, ni de manera remota, con las del reluciente original colgado en la pared que nos

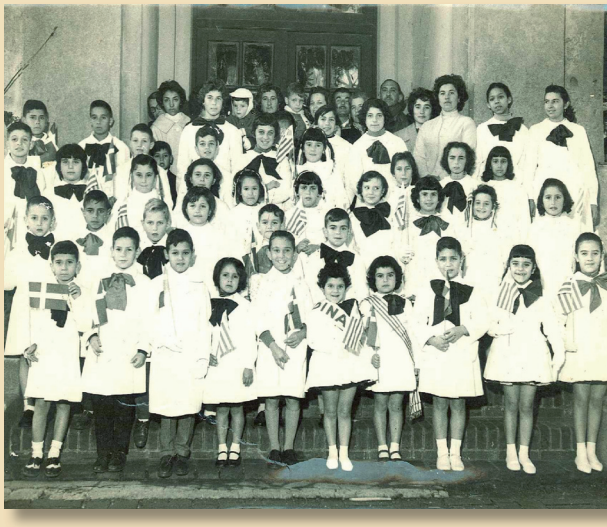
servía de modelo; o el de las montañas, los lagos y los ríos que había que colorear con crayones verdes o azules; distinguir una planta fanerógama de una criptógama y hacer las descripciones de las flores con sus corolas, estambres y pistilos; en fin, todo lo que hubiera que aprender por fuerza constituía un cúmulo de signos amenazadores que se revolvían en mi mente cuando me dirigía a la escuela. [...]

A todo esto, y a otras horas, había que añadir la constante amenaza de un llamado del director a la Dirección; los ejercicios de caligrafía Palmer con sus círculos y diagonales que había que hacer con tinta negra y con plumillas (puestas en el extremo de un canutero) metálicas, doradas o plateadas, cuyas puntas se rompían siempre al segundo intento; aprender de memoria los nombres de los sucesivos puntos de las fronteras de cada país centroamericano con sus respectivos vecinos, nombres de los que ahora recuerdo uno, quizá por su sonoridad: el Mal Paso de Similatón. ¿Qué cosa podía ser ese Similatón: un barranco, un río, un personaje, un despeñadero? ¿A quién le importa? ¿A quién podía importarle? Pero no saber señalar su lugar preciso significaba entonces amonestaciones, vergüenza y sufrimiento».

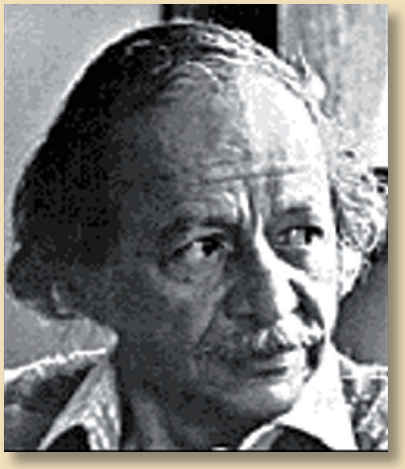
La memoria del mundo de la escuela agita la evocación poética del mexicano Salvador Novo (1982, p. 259), quien certifica en estos versos el fin del paraíso perdido de la infancia, ese escenario al que cada mañana es arrojado el escolar lejos del calor del hogar y del amor de la madre:



«La escuela nunca me gustó y siempre la rechacé. [...] todo lo que hubiera que aprender por fuerza constituía un cúmulo de signos amenazadores que se revolvían en mi mente cuando me dirigía a la escuela»
(Augusto Monterroso)



Escuela Dinamarca, Montevideo (Uruguay), 1955



«Yo me eduqué en una escuelita muy modesta, y salí de ella, a los once o doce años, con un bagaje muy bueno: ideas sobre gramática, sobre sintaxis, buena ortografía, etcétera... [...] Era la escuela de todos. Yo la gocé muchísimo» (Antonio Alatorre)



La maestra Esther García Otero, con sus alumnas, en la escuela de Lozoya del Valle (Madrid), 1959

to, pero me absorbió de un modo tan intenso que el novio de Sara soltó al pasar una premonición aterradora: «¡Carajo!, este niño va a ser escritor».

Dicho por él, que vivía de escribir, me causó una gran impresión. Pasaron varios años antes de saber que el libro era *Las mil y una noches*».

De igual manera, y no ya desde Colombia sino desde México, el filólogo y académico Antonio Alatorre (1993, pp. 14 y 19-20) expresa así su deuda de gratitud con la escuela pública de su infancia («era la escuela de todos»):

«Yo me eduqué en una escuelita muy modesta, y salí de ella, a los once o doce años, con un bagaje muy bueno: ideas sobre gramática, sobre sintaxis, buena ortografía, etcétera... Traigo conmigo esa escuela de Autlán porque traigo conmigo mi infancia, como te dije. En esa escuela tuve compañeros de huaraches, e incluso descalzos, sin más ropa que camisa y calzón blanco (pero chamagoso). Me emociona el recuerdo de esa convivencia humana. Era la escuela de todos. Yo la gocé muchísimo. Siempre ando diciendo que lo que sé de muchas cosas, por ejemplo de lo que ocurre entre pulmones y corazón, la oxigenación, la expulsión del carbono, la sangre venosa y la sangre arterial y todo eso, lo tengo en la cabeza porque la maestra de quinto año nos lo explicó. Después, sí, he leído cosas, pero lo esencial lo sé desde entonces. Y todo lo demás: geografía de México, y de América, y del mundo (recuerdo con orgullo los mapas que yo hacía); historia... (recuerdo muy bien que en sexto

Nueva Enciclopedia Escolar, 1951





Alumnas de Rosa Sensat en la Escola del Bosc de Montjuïc (Barcelona), 1914

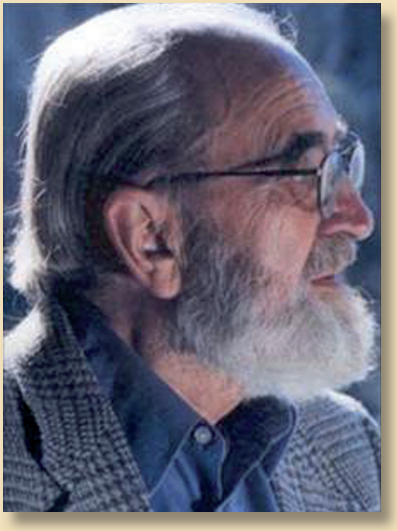
ciosa, se señalaba el pecho con el pulgar, pero como lo hacía muchas veces, una de ellas se señaló en el arranque del brazo; en ese momento yo sentí una punzada agudísima en la axila izquierda y pensé: esto debe ser el gusanillo de la conciencia... Hasta los treinta o cuarenta años, ante toda convulsión de mi conciencia, he seguido sintiendo una aguda punzada en la axila izquierda».

Una de las tentaciones inevitables en la edad madura es evocar con nostalgia el tiempo pasado como si fuera mejor. Es la añoranza de lo que fue y ya no es, de ese tiempo en que éramos jóvenes, en que el optimismo de la voluntad aún no había dado paso al pesimismo de la razón y en que las ilusiones y las lealtades aún no se traducían en desencantos y en traiciones. Sin embargo, Manuel Vicent (1999), al oír la algarabía infantil del primer recreo en un colegio, ya al final del verano, alude al tiempo pasado de una escuela incapaz de vencer el destino de aquellos compañeros de pupitre que por su humilde origen han nacido para perder. Una evocación especialmente oportuna en estos tiempos de añoranzas de esos tiempos pasados en los que sólo unos pocos estudiaban mientras se apartaba del saber escolar a la mayoría a tempranas edades disuadiéndoles de forma prematura del sinsentido de su estancia en la escuela.

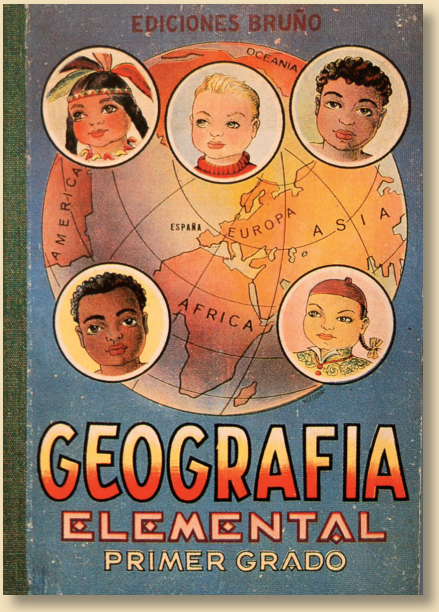
en latín,
que meriendan
pas pasa pan
con chocolate
en griego,
que saben lenguas vivas
y se dejan besar
en el crepúsculo
(también en las rodillas)
y usan
la coca cola como anticonceptivo.

Ah las flores marchitas de los libros de texto
finalizando el curso
deshojadas
cuando la primavera
se instala
en el culto jardín del rectorado
por manos todavía adolescentes
y roza con sus rosas
manchadas de bolígrafo y de tiza
el rostro ciego del poeta
transustanciándose en un olor agrio a naranjas
Homero
o semen

Todo esto será un día
materia de recuerdo y de nostalgia.
Volverá, terca, la memoria
una y otra vez a estos parajes,
lo mismo que una abeja
da vueltas al perfume
de una flor ya arrancada. [...]



«Volverá, terca, la memoria
una y otra vez a estos parajes [...]»
(Ángel González)



Geografía Elemental. Primer Grado, 1951